

ANTECEDENTES DE LA OPOSICIÓN DE HONORIO DELGADO A LA PSICOLOGÍA OBJETIVA

BACKGROUND OF THE HONORIO DELGADO'S OPPOSITION TO OBJECTIVE PSYCHOLOGY

Arturo Orbegoso Galarza

Universidad Privada del Norte, Perú

Correspondencia: aorbegoso@yahoo.es

Recibido: 04-08-2014

Aceptado: 30-11-2014

Resumen

Este artículo trata sobre Honorio Delgado (1882-1969), destacado psiquiatra peruano, reconocido por Freud como su primer discípulo latinoamericano y uno de los iniciadores de la psicología en el Perú. En una primera época él simpatizó con el positivismo pero luego adoptó la filosofía idealista. Y desde esta última perspectiva el escribió criticando la moderna psicología experimental. Este trabajo examina tal aparente cambio de actitud. Para ello, se analizan su época, su generación y su contexto social.

Palabras clave: Positivismo, psicología, filosofía.

Abstract

This article is about Honorio Delgado (1882-1969). This Peruvian psychiatrist, named by Freud his first disciple in Latin America, is considered one of the beginners of psychology in Peru. Being young, he adopted positivist philosophy but years later he changed this approach for idealist philosophy. And since this last perspective he wrote in opposition to the growing experimental psychology. This work examines such apparent change of ideas. For it, his age, his generation and his social context are analyzed.

Keywords: Positivism, psychology, philosophy.

Entre los introductores de la psicología en el Perú destaca el psiquiatra Honorio Delgado (1882-1969). Su inquietud intelectual y su experiencia europea le indujeron a importar aquella psicología que a inicios del siglo XX se practicaba en el exterior. Dichos saberes fueron difundidos en la Facultad de Medicina de la Universidad de San Marcos y en el Hospital Psiquiátrico Larco Herrera. Lo expuesto en las aulas universitarias fue propagado también en sus artículos periodísticos, en sus libros y hasta en revistas locales de psiquiatría, las primeras en su género animadas por él y otros alienistas peruanos.

Hasta los años 20' Delgado se muestra cercano al positivismo. Y desde tal perspectiva plantea su idea de la psicología y la urgencia de incorporarla a San Marcos. En 1919 escribió:

La psicología que en otro tiempo pertenecía sólo al dominio de la especulación, y sus cultores la elaboraban en su mesa de trabajo, sin más material de observación que la propia conciencia, era una rama de la filosofía. Hoy en día la psicología es, como la física, la biología o la sociología, una ciencia... Siendo la psicología una *ciencia natural*, debe ella constituir una asignatura especial en la Facultad de Ciencias. (Delgado, 1992, p. 25, [cursivas añadidas])

Esta convicción variará radicalmente en los años 30. En un artículo de 1933, año en que aparece también su manual *Psicología*, su concepción de ésta es otra muy diferente:

...la psicología, en su estado actual, difícilmente puede ser considerada como una ciencia en el sentido riguroso del término. En efecto, la multiplicidad de experiencias de las cuales ella se compone, difícilmente permite reducirla a una unidad de ideas fundamentales y de métodos, a una síntesis unitaria de tendencias. (...) el conocimiento de lo individual, de lo comprensible, del final y del total –lo más característico en los fenómenos psicológicos, (...) no puede tener lugar más que en las ciencias llamadas morales, culturales, o ciencias del espíritu. La unidad de la Psicología, en tanto que ciencia, constituye más una aspiración, por el momento irrealizable, que una realidad adquirida. (Delgado, 2001a, p. 39)

De la comparación de ambas citas queda claro el repliegue de su autor, en el lapso de catorce años, desde posiciones positivistas o científicas a una postura meridianamente idealista. Si se tratara de un caso aislado, no merecería la atención de los historiadores de las ideas. Sucede que Delgado ejerció una profunda influencia no solo en medios académicos, también entre la intelectualidad peruana en general. Fue, además de conocido catedrático universitario y psiquiatra, un personaje que ocupó importantes cargos públicos. Y en lo que toca específicamente a la psicología, su cambio de perspectiva filosófica, debido al eco que generaba su opinión, retardó el desarrollo de una psicología científica y empírica en el Perú.

Este breve escrito se propone discutir las razones de tal viraje de ideas. O si en verdad lo fue. Se trata de un punto poco tratado por los historiadores de la psicología peruana. Pareciera que se le asume como un giro natural dentro de la dinámica ideológica de la época. Como se verá, no fue una actitud restringido exclusivamente al plano intelectual. En verdad intervinieron hechos sociales que significaron un cuestionamiento a la mentalidad oligárquica dominante y al orden social que ésta reivindicaba. En suma, se buscará probar que la irreductible defensa de una psicología espiritualista y reacia a una psicología experimental era inherente a una concepción conservadora y elitista de la sociedad compartida por Delgado y otros personajes. Fue este espiritualismo el que impidió el avance del enfoque objetivo en la psicología peruana (León, 1993). Debe señalarse, por cierto, que el análisis sociológico e ideológico del contexto en que nació la psicología en el Perú no es moneda corriente. Para lograr tal abordaje se tratará a Delgado como miembro de la generación arielista o del novecientos, grupo con el que habitualmente se le ha vinculado (Salazar, 1967; Sobrevilla, 1980).

La reacción contra el positivismo

A inicios del siglo pasado aún era visible la influencia del positivismo en parte de la intelectualidad peruana. Este ideario había estimulado un desarrollo apreciable en medicina, derecho y sociología (Basadre, 2005). La filosofía positiva contribuyó a destacar nuestras carencias y permitió asimismo trazar una agenda de

reformas sociales. Los problemas que el positivismo exaltó fueron diversos: las deficiencias de salud en Lima y otras ciudades de incipiente industrialización; el lamentable estado de la educación pública; los vacíos en la legislación; el rezago del campo y sus habitantes y las crecientes tensiones sociales (Sobrevilla, 1980; Basadre, 2005).

Como han señalado varios autores (Salazar, 1967; Sobrevilla, 1980; Castro, 2009), este positivismo no tuvo la profundidad ni la severidad que conoció en otros países. Salvo el caso singular de Manuel Gonzales Prada no supuso, para la mayoría de sus adherentes peruanos, anticlericalismo ni radicalismo militante. Puede concluirse, a este respecto, que el positivismo peruano sirvió como instrumento de estudio o análisis de la problemática nacional mas no llegó a convertirse en una ideología sólida y duradera. De hecho, conocidos simpatizantes de esta filosofía en su juventud la abandonaron y abrazaron un ideario completamente opuesto tiempo después. Este fue el caso de José de la Riva Agüero, Víctor Andrés Belaunde, de los hermanos García Calderón (Sobrevilla, 1980) y, por supuesto, de Honorio Delgado (Alarcón, 2000).

La marca del positivismo empezó a agotarse o extinguirse justo tras haber destacado las profundas contradicciones de la sociedad peruana. Y aquí convergen varios hechos. El desarrollo o adaptación de importantes sectores de la economía peruana según los requerimientos del capitalismo internacional. Esto coincidió con la censura al individualismo y al utilitarismo expresada por intelectuales conservadores quienes identifican estas actitudes como efecto pernicioso de la modernización sobre las costumbres.

De este afán capitalista se quejó Delgado:

La unión de la técnica fabril del europeo con la técnica de la especulación judía, engendra la fatal proclividad del espíritu mercantil a la expansión de las empresas y a la ganancia ilimitada, verdadera “tendencia al infinito”, todo lo contrario de la mesura en la riqueza, mensura divitae, sostenida por la autoridad de la iglesia. (Delgado, 2001, p. 75)

También denuncia la afición por el positivismo y el progreso:

Tal movimiento [el positivismo] es sostenido por ciertos sabios e ideólogos renombrados, así como por una caterva de fanáticos de las generalizaciones pseudocientíficas, “predicadores ambulantes del materialismo”, que encuentran dóciles prosélitos en las desarraigadas multitudes del mundo industrial. Fatigadas, ávidas de novedades, con la fe poco menos que vacante, fascinadas por los inventos y transformaciones que se suceden sin cesar, estas multitudes se inclinan cándidamente a adoptar una concepción mecanicista de la índole humana y una como (sic) religión de los milagros técnicos, cuyo mito es el progreso. (Delgado, 2001, pp. 76-77)

Esta prédica anti-moderna recibe apoyo de filosofías llegadas de Europa que se oponen a todo materialismo. Estas corrientes idealistas cuestionan la fe en la razón, heredera de la Ilustración, así como las esperanzas depositadas en la ciencia y el progreso. La I Guerra Mundial pareció confirmar el escepticismo y pesimismo de los irracionalistas. Dicho movimiento, que agrupa varias filosofías, recibe el nombre de espiritualismo pues parte de exaltar una entidad ideal, no visible ni física, que anima al ser humano. También se le llamó bergsonismo, en recuerdo de Henri Bergson, filósofo francés de gran predicamento en aquel tiempo. Un colectivo de sus adeptos peruanos se hará conocido también como la generación arielista debido a su devoción por el libro *Ariel* del uruguayo José Rodó.

Esta reacción se ve alimentada, igualmente, por otros acontecimientos foráneos percibidos como potencialmente peligrosos si la ideología que los anima se expande en el Perú: se trata de la Revolución Mexicana (1910) y de la Revolución Rusa (1917). Recuérdese, además, que el país conoce por estos años de sublevaciones campesinas y de las primeras acciones de fuerza del movimiento obrero.

Ideología y sociedad para la generación de Honorio Delgado

Delgado provino de una familia mesocrática de la ciudad de Arequipa, localidad conocida por el marcado catolicismo explícito de sus gentes. Religiosos y laicos arequipeños, anteriores y pertenecientes a la generación de Delgado, destacaron en la vida pública y política peruanas: por ejemplo, Francisco de Luna Pizarro, Nicolás de Piórola y Víctor Andrés Belaunde. Klaiber (1988) recuerda que a algunos de estos personajes los unió, además del vínculo regional y su profundo catolicismo, su rechazo al civilismo oligárquico o liberal. Dice este autor (Klaiber, 1988) que desde mediados del siglo XIX los sectores arequipeños conservadores reivindicaban el respeto por la familia, la religión y la propiedad.

En cuanto al positivismo de juventud de estos hijos de familias católicas limeñas y de provincias, Klaiber (1988) lo califica de elegante escepticismo o de un liberalismo de conveniencia. Esto es, se aproximaron a este ideario en tanto consideraron que constituía una palanca para el progreso social. Y se alejaron de él y otras formas de pensamiento liberal cuando sintieron que la propagación de tales ideas amenazaba el orden social vigente.

A partir de los años 20, en el horizonte de esta generación de intelectuales, llamada arielista o del novecientos, destacaban dos objetivos: la defensa de la iglesia católica y un reformismo que propicie la restauración del orden social y supere los conflictos (Klaiber, 1988).

En torno al influjo de la religión sobre Delgado, Salazar (1967) destaca que este psiquiatra atribuía a las jerarquías sociales un origen divino. Seguin (1982) ha ratificado que para dicho personaje toda autoridad provenía de Dios.

El mismo Salazar (1967) sintetiza así el giro que tomará el pensamiento de Delgado en su madurez: profesaba una concepción aristocrática, elitista, sincera y radical, de la vida en sociedad; defendió además un autoritarismo reñido abiertamente con los ideales democráticos modernos. Este acentuado aprecio por el orden, la jerarquía y la autoridad hizo que él y otros de su generación expresaran viva simpatía por los regímenes fascistas de los años 30, tales como el nazismo y el franquismo (López Soria, 1981, Seguin, 1982; Ruiz, 1993).

Gonzales (1996) ha reseñado cómo los cambios sociales de la época contribuyeron a hacer variar el pensamiento de la generación de Delgado:

...cuando el entorno social se modifica, cuando el mundo exterior ya no es capaz de ofrecer seguridades y el sentido de “destino” se ve ensombrecido, estos intelectuales sienten la impostergable necesidad de retroceder en sus propuestas más audaces, de aferrarse a viejas certidumbres y de volverse cómplices –activamente o por inacción- del orden establecido. (...) Los intelectuales arielistas, aun cuando cuestionadores del sistema oligárquico, entendían implícitamente que los cambios y las variantes que se podían hacer no deberían tocar a ese orden de una manera total. Es más, ni siquiera cruzaba por sus mentes que eso pudiera suceder porque el conjunto de relaciones en donde vivían era *el* orden, era *la* sociedad, como algo casi “natural”. Por razones culturales y de época su mirada sobre el horizonte se detenía ahí. No podían imaginar más, no eran

reproductores de una sociedad, sino receptores y -en última instancia- fustigadores, pero fundamentalmente sus continuadores. (Gonzales, 1996, pp. 132-133; cursivas en el original)

¿Pero cuáles fueron los cambios sociales que hicieron retraerse en sus convicciones a los arielistas o novecentistas? En primer lugar, la modernización capitalista hizo emerger a nuevos actores sociales como obreros y otros trabajadores urbanos que iniciaron sus reclamos y reivindicaciones (Basadre, 2005). Junto con ello, accedieron a la tradicional Universidad de San Marcos sectores medios de Lima y provincias que plantearon la modernización y democratización de esta institución. Entre obreros y estudiantes se difundieron también ideas vistas como radicales para la época: anarquismo, aprismo y socialismo (Basadre, 2005; Cotler, 2006). Por último, una reacción católica se vio potenciada debido a otros planteamientos considerados también dañinos por los conservadores: el liberalismo y el protestantismo (Klaiber, 1988).

Sobre estas “desviaciones” se manifestó Delgado:

En el Perú, según información digna de crédito, las diversas sectas protestantes se han repartido indignamente el territorio nacional, con prolijas demarcaciones. Pero a su influencia se agregan otros males importados que agravan la desorientación; las insensatas fantasías teosóficas, filosofía de pacotilla, que solo pueden consumir mentalidades débiles con credulidad a toda prueba, las doctrinas del humanitarismo materialista y demagógico, que encuentran terreno favorable entre las víctimas del resentimiento; la inmigración judía, con sus artífices de la disolución y con sus películas cinematográficas de igual índole. (Delgado, 2001, p. 102)

A la luz de la evidencia expuesta puede concluirse que Delgado adoptó el positivismo en su juventud, como lo hiciera su generación, en tanto instrumento de estudio de la realidad peruana, lo que benefició sus ideas, clarificándolas y permitiendo hacer aportes significativos en ciencias sociales, incluyendo la medicina social (Sobrevilla, 1980). Pero bajo esa postura objetiva y aparentemente materialista se mantuvo un sustrato de actitudes conservadoras y aristocráticas que renació y se vio alimentado cuando sectores significativos de la sociedad buscaron llevar más lejos reformas que sentían urgentes (Gonzales, 1996). Ante la presión popular, estos personajes se refugiaron en un pensamiento idealista y decadentista que les permitió racionalizar su privilegiada ubicación en la sociedad y censurar el radicalismo de otros.

Razones para una psicología espiritualista

Como ya se señaló, desde fines del siglo XIX el positivismo europeo fue paulatinamente desplazado por doctrinas filosóficas irracionistas como las de Nietzsche o Bergson (Herman, 1998; Quintanilla, 2006). Según tales ideas, la realidad no es racional o, cuando menos, no es completamente accesible mediante la razón como afirman los creyentes en la ciencia y el progreso (Ferrater Mora, 2008). En consecuencia, la ciencia positiva y racionalista no consigue más que seccionar o fragmentar esa realidad, en su ilusa pretensión de estudiarla como objeto inanimado (Hergenhahn, 2011). Lo cierto es, sentencian los irracionistas, que la realidad no se halla estática, se encuentra en constante fluir (Watson, 2011). Y este dinamismo o fluidez incesante es propio también de nuestro mundo interior o vida psíquica, cuyo principio o causa primera es el espíritu (Quintanilla, 2006). Así, los intentos por abordar su estudio con el instrumental de las ciencias naturales estaban condenados al fracaso, pues el espíritu no puede ser medido.

Contra el afán atomista propio de la experimentación, de su empeño por parcelar el mundo psicológico, deformándolo, se expresó Honorio Delgado en su conocido manual:

La psicología experimental de laboratorio, por su misma naturaleza, limita la observación a fenómenos aislados, simplificados y condicionados artificialmente; excluye lo más genuino de la vida mental: la espontaneidad, las relaciones del conjunto, la continuidad configurativa y la fisonomía anímica individual. (Delgado e Iberico, 1961, pp. 21-22)

La duda acerca de los métodos objetivos en psicología también procede de la fenomenología, doctrina filosófica de prestigio por entonces, según la cual es inapropiado pretender expresar las manifestaciones psicológicas en términos cuantitativos, como hace la psicología positivista y experimental, pues su carácter es cualitativo. Sobre esto último, en su libro *Psicología*, Delgado observó:

Todas las descripciones y medidas de nuestras reacciones y de los estímulos que las provocan, jamás podrán sugerir la idea de un sentimiento vivido, de un pensamiento concebido, etc. Estas son experiencias primarias de una categoría distinta de las actividades del organismo; por consiguiente, irreducibles a términos de física y de fisiología (Delgado e Iberico, 1964: 7).

No hay ninguna curva, ninguna estadística que pueda traducir adecuadamente esas diferencias [individuales], porque son diferencias que se refieren a modos irreducibles de la experiencia o de la acción. Y así, en consecuencia, el término de medida psíquica es impropio y contrario a la naturaleza del espíritu. (Delgado e Iberico, 1964, p. 9)

Para Delgado, la posibilidad de una ciencia psicológica signada por el positivismo es vista con escepticismo o como una tarea sumamente ambiciosa.

Está claro: tanto el ser individual como la esfera del objetivo espiritual son irreducibles a un conocimiento total y absoluto. La tarea asignada a esta suerte de comprensión es, por tanto, ilimitada, con horizontes y niveles que se extienden hacia el infinito. (Delgado, 2001a, p. 45)

Siguiendo a Bergson, Delgado plantea que el estudio de la subjetividad solo es posible mediante la intuición, una forma de representación del mundo del otro en uno mismo y que está reservada a unos pocos, es decir, a personas de especial sensibilidad.

...las principales adquisiciones del saber respecto a la naturaleza humana (...) se alcanzan por la intuición y la interpretación fina y certera de espíritus particularmente dotados: grandes místicos, poetas, novelistas y moralistas, raros filósofos, historiadores y médicos. El común de los hombres, por muchos que sean los medios técnicos de que disponga, si carece de la vocación especial del investigador del alma, no será capaz ni de hacer una cabal descripción de la experiencia más ordinaria. (Delgado e Iberico, 1964, pp. 21-22)

Al preferir la intuición y descartar la experimentación, Delgado persiste en la fenomenología de Husserl, quien al ocuparse de las cualidades psicológicas humanas enfatiza la necesidad de, antes de asumirlas como cosas dadas en la realidad, examinar la forma en que éstas son vividas o experimentadas por el propio sujeto. Solo de esa manera podrá describirseles de modo certero y sin presupuestos deformadores. Así se arriba, sostiene Husserl, a la generalidad o esencia de los fenómenos de la conciencia y, en consecuencia, del espíritu (Carpintero, 2005; Hergenhahn, 2011). Delgado defiende, pues, una psicología filosófica y especulativa, alejada de la objetividad que postulaban, por ejemplo, Wundt o Watson.

En síntesis, para Delgado la psicología es en realidad psicología del espíritu, un saber eminentemente filosófico, de límites indeterminados, se orienta al estudio de la vida mental, a través de la intuición como método, y que busca así arribar a la comprensión del espíritu pero cuyo ejercicio

es privilegio de un reducido número de personas poseedoras de algunas dotes extraordinarias (Delgado e Iberico, 1964).

Epílogo

La psicología dominante en el Perú, durante el siglo XIX, fue aquella circunscrita a la filosofía. Iniciado el siglo XX, hay reclamos o intentos por trasplantar desde el exterior la psicología empírica y positiva que empezaba a cobrar fuerza. Esto ocurre dentro de una atmósfera cultural todavía dominada por el positivismo. Contra lo que podría imaginarse, tal interés decae o se frustra. Y la psicología que finalmente se impone hasta los años 30' es aquella idealista, metafísica o espiritua- lista. Honorio Delgado fue su principal exponente.

Este autor expresa desconfianza de la aplicación del método experimental en psicología. Manifiesta que es impropio e inaplicable a esencias ideales, no materiales. Una psicología de laboratorio, piensa, incurre en una reificación, busca hacer tangible algo de naturaleza metafísica y abstracta.

Tal cerrazón o rechazo solo es comprensible si se atiende al contexto social e ideológico que rodeó a Delgado. Las filosofías irracionalistas y decadentistas que suscribe su generación responderían a un afán inmovilista y conservador de clases medias de mentalidad elitista ante la emergencia de nuevos actores sociales que postulan reformas que conduzcan a transformaciones reales.

En dicha generación hay, pues, el apego al orden, a la religión católica y a la propiedad. Estos valores se exaltan frente al avance de corrientes como el liberalismo, el protestantismo, el socialismo y otros credos considerados como perturbadores de la estructura social reinante.

La introducción de una psicología experimental o científica volvía accesible la práctica de este saber; democratizaba su ejercicio gracias a métodos igualmente alcanzables. Y esto chocaba con la propia concepción que la generación arielista tenía de la psicología, de sus fundamentos y de quienes supues- tamente estaban mejor dotados para ejercerla.

En conclusión, el positivismo fue para Delgado, hasta los años 20', un saber instrumental que le permitió nutrirse intelectualmente y analizar de modo objetivo y desapasionado la realidad peruana. Pero bajo esta visión pervivieron sus convicciones aristocráticas y su acentuado catolicismo. Su elitismo y autori- tarismo se incrementaron conforme se hacían más notorios los cambios en la sociedad de su tiempo. La modernidad vino a alterar este ordenamiento que su generación estimaba como natural. La extensión del capitalismo tendía a extinguir las diferencias sociales imperantes en una sociedad pre-moderna u oligárquica. La instalación de la psicología experimental en San Marcos acercaba este saber a sectores más amplios de la población y cancelaba el exclusivismo del conocimiento.

Referencias

- Alarcón, R. (2000). *Historia de la psicología en el Perú*. Lima: Universidad Ricardo Palma.
- Basadre, J. (2005). *Historia de la República del Perú (1933-2000)*. Lima: El Comercio.
- Carpintero, H. (2005). *Historia de las ideas psicológicas*. Madrid: Pirámide.
- Castro, A. (2009). *La filosofía entre nosotros. Cinco siglos de filosofía en el Perú*. Lima: PUCP.

- Cotler, J. (2006). *Clases, estado y nación en el Perú*. Lima: IEP.
- Delgado, H., & Iberico, M. (1964). *Psicología*. Barcelona: Editorial Científico-Médica.
- Delgado, H. (1992). *Honorio Delgado en El Comercio*. Lima: El Comercio.
- Delgado, H. (2001). *De la cultura y sus artífices*. Lima: Universidad Cayetano Heredia.
- Delgado, H. (2001a). La nueva psicología espiritual. En: *Anales de Salud Mental. Homenaje al Profesor Honorio Delgado, 17(1-2)*, 39-45.
- Ferrater Mora, J. (2008). *Diccionario de filosofía abreviado*. Barcelona: Edhasa.
- Garfias, M. (2010). *La formación de la universidad moderna en el Perú. San Marcos (1850-1919)*. Lima: Asamblea Nacional de Rectores.
- Gonzales, O. (1996). *Sanchos fracasados. Los arielistas y el pensamiento político peruano*. Lima. Ediciones PREAL.
- Hergenhahn, B. (2011). *Introducción a la historia de la psicología*. México: Cengage Learning.
- Herman, A. (1998). *La idea de decadencia en la historia occidental*. Santiago: Andrés Bello.
- Klaiber, J. (1988). *La iglesia en el Perú*. Lima: PUCP.
- León, R. (1993). *Contribuciones a la historia de la psicología en el Perú*. Lima: CONCYTEC.
- López Soria, J. (1981). *El pensamiento fascista*. Lima: Mosca Azul.
- Quintanilla, P. (2006). La travesía del espiritualismo. En: *El Dominical de El Comercio*. Edición del 6 de agosto. Pp. 4-5.
- Ruiz, A. (1993). *Psiquiatras y locos*. Lima: Instituto Pasado y Presente.
- Salazar, A. (1967). *Historia de las ideas en el Perú contemporáneo*. (Tomo II) Lima: Francisco Moncloa Editores.
- Seguín, C. (1982). *Tres facetas*. Lima: Labor.
- Sobrevilla, D. (1980). Las ideas en el Perú contemporáneo. En *Historia del Perú*. (Tomo XI, pp. 115-415). Lima: Editorial Juan Mejía Baca.
- Watson, P. (2011). *IDEAS. Historia intelectual de la humanidad*. Barcelona: Crítica.